

VINCENZO PAGLIA

**LA PALABRA DE DIOS
CADA DÍA**

2023

COMUNIDAD
DE SANT'EGIDIO
2022

En la portada: *Icono de la Madre de Dios* de la Laura de las Cuevas,
de Kiev (siglo XIX). Comunidad de Sant'Egidio, Roma.
Fotografía: Marco Pavani © Comunità de Sant'Egidio

Traducción de la Comunidad de Sant'Egidio
del original italiano *La Parola di Dio ogni giorno* 2023

- © 2022 Edizioni San Paolo, s.r.l.
Piazza Soncino 5 - 20092 Cinisello Balsamo (Milano) - Italia
www.edizionisanpaolo.it
- © de la edición en castellano: Comunidad de Sant'Egidio

Ediciones Sígueme S.A.U., 2022
C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España
Tlf.: (+34) 923 218 203 - ediciones@sigueme.es
www.sigueme.es

ISBN de la edición impresa: 978-84-301-2145-8
Depósito legal: S. 458-2022
Impreso en España / Unión Europea
Imprenta Kadmos, Salamanca

CONTENIDO

<i>Presentación</i>	7
Tiempo de Adviento	15
Tiempo de Navidad	39
Tiempo ordinario	55
Tiempo de Cuaresma	99
Semana Santa	135
Tiempo de Pascua	143
Tiempo ordinario	191
<i>Índice de pasajes bíblicos</i>	353

PRESENTACIÓN

«LÍBRANOS, SEÑOR, DE LA PESTE,
DEL HAMBRE Y DE LA GUERRA»

«Líbranos, Señor, de la peste, del hambre y de la guerra» (en latín: «A peste, fame et bello, libera nos Domine»). Durante siglos los cristianos se dirigieron al Señor con esta invocación en los momentos difíciles de la historia, cuando la peste, la guerra y el hambre se llevaban por delante a millones de personas indefensas. Hoy, casi espontáneamente, hacemos nuestra aquella misma invocación: la pandemia, las guerras y el hambre vuelven a azotar juntas a los pueblos de la tierra. Ya han pasado dos años y la pandemia sigue afligiendo a muchos países del mundo; la guerra de Ucrania, por su parte, lleva ya meses y meses provocando víctimas y creando millones de refugiados. A esta hay que sumarle las demás guerras que desde hace años, en varios países del mundo, dan muerte a víctimas inocentes, entre la impotencia de la política internacional y la indiferencia de la mayoría. Y el espectro del hambre que ya afectaba a muchos pueblos pobres se ha agudizado aún más por las consecuencias de la guerra de Ucrania. Todo el planeta está sufriendo. Vivimos en una época de desarrollo de la tecnología y del progreso, pero en 2021 el hambre se ha cebado en 278 millones de personas solo en África. Ante tanto mal, los creyentes no pueden mirar hacia otro lado. No podemos no ocuparnos del hombre medio muerto. Y nuestra primera obra es invocar a Dios. En este tiempo difícil estamos llamados a intensificar nuestra oración para que llegue la paz, para que termine la pandemia, para que todos reciban el pan de cada día.

El icono de la Madre de Dios de la laura de las Cuevas de Kiev, con los santos Antonio y Teodosio, que ilustra la portada de este nuevo volumen de *La palabra de Dios cada día 2023*, es originario de Ucrania y lleva años frente al altar de la iglesia de Sant' Egidio de Roma. En Kiev dio inicio la historia de fe cristiana

de los esclavos orientales y, en el gran Monasterio de las Cuevas, Antonio y Teodosio fundaron la primera comunidad monástica. En el rollo que Teodosio sostiene en la mano se lee: «Me humillé ante ti, Señor, y Tú me escuchaste, escuchaste mi oración». La oración de los monjes y la intercesión de la Madre de Dios han acompañado la dolorosa historia de Kiev y de aquellas tierras en las que hoy se reeditan la locura de la guerra y un gran sufrimiento, que reclaman una vez más oración e intercesión. No sabemos cuántos creyentes ucranianos dirigieron sus oraciones mirando este icono a lo largo de los siglos pasados. En el año que viene somos nosotros los que estamos llamados a invocar a la Madre de Dios para poner en sus manos no solo nuestras oraciones, sino también las oraciones que elevan los pueblos afectados por la pandemia, el hambre y la guerra. Es un verdadero ministerio de intercesión –de intercesión continua– para que el Señor conceda al mundo la paz y la curación de todo mal.

El Evangelio nos anima a rezar en toda ocasión, a interceder juntos y con insistencia. Lo demuestra bien Jesús en la parábola del amigo inoportuno. «Si uno de vosotros tiene un amigo y, acudiendo a él a medianoche, le dice: ‘Amigo, préstame tres panes, porque ha llegado de viaje a mi casa un amigo mío y no tengo qué ofrecerle’... os aseguro que... se levantará para que deje de molestarle y le dará cuanto necesite» (Lc 11, 5-8). Si leemos bien la parábola, veremos que la protagonizan tres personajes. El amigo que llega cansado de un largo viaje y necesita comer, y que, no sabiendo a dónde ir –ya es de noche y probablemente está todo cerrado–, va a visitar a un amigo suyo (el segundo) para pedirle unos panes. Este, no sabiendo bien qué hacer, va también en plena noche a ver a un amigo suyo (el tercero) porque sabe que tiene pan suficiente, y le pide algunos panes para el que ha llamado a su puerta. Así, podemos identificar al primer amigo, al que normalmente no se presta atención, con todos aquellos que en este tiempo necesitan ayuda y que, no sabiendo a quién dirigirse, acuden a los creyentes para pedir pan, curación y paz. Y los creyentes –que somos amigos de los pobres y de los débiles– dejamos que el grito de los pueblos nos llegue al corazón y no tememos dirigirnos al Señor (el tercer amigo) para pedirle el pan, la curación y la paz. Eso es la oración insistente: ir de noche

a despertar al Señor para que ayude a los pueblos. Es la oración al Señor por el mundo entero, por la salvación de los pueblos. En este tiempo la oración de los cristianos está llena del grito de los pobres y de los débiles que presentamos al Señor. No podemos hacer oídos sordos al drama de la pandemia, de las guerras y del hambre. Ya sabemos que tampoco nosotros tenemos los medios para resolver los dramas que se abaten sobre el mundo, pero no nos resignamos, y aquel grito entra en nuestro corazón. Y sabemos que el Señor escucha a quien le reza con fe y no deja que la oración vuelva de vacío. El mismo Jesús nos lo dice: «Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá» (Lc 11, 9). Son hermosas las palabras del teólogo protestante Karl Barth: «Juntar las manos para rezar significa empezar a luchar contra el desorden del mundo». Callar en la oración frente a la injusticia y la violencia que se abaten sobre los pueblos significa dejar el mundo en manos de los malvados.

La compañía cotidiana de la Palabra de Dios ayuda a escuchar el grito de los pobres y a presentarlo al Señor. Toda la Biblia está impregnada de intercesión ante Dios. Es la fuente de nuestra oración. Gracias al Evangelio aprendimos la oración del Padre nuestro. Podríamos decir que la lengua de la Biblia debe ser nuestra verdadera lengua materna, la lengua que aprendemos incluso antes de saber leer y escribir. Es la lengua que aprendemos de la boca de la madre, de la Iglesia, de la Comunidad, incluso antes de que sepamos hablar. De hecho, aprendemos a hablar escuchando. Por eso debemos escuchar la Biblia cada día. Escuchando la Palabra de Dios en la oración común, en la santa liturgia, en la predicación, aprendemos a conocer al Señor y a amarlo, y también aprendemos a conocer la vida del mundo en el que estamos. El apóstol Pablo resumía esta perspectiva con una afirmación bien clara: «La fe viene de la predicación» (Rom 10, 17), es decir, de escuchar la Palabra de Dios.

En esta perspectiva de ponernos a la escucha de la Palabra de Dios se sitúa también el libro de este año. *La Palabra de Dios cada día 2023* quiere ser compañero de nuestra oración a lo largo de los próximos meses. Su inspiración y su planteamiento están íntimamente asociados a la vida de la Comunidad de Sant'Egidio, que desde el inicio se dejó guiar por la Sagrada

Escritura escuchada a diario. Y con el tiempo se hecho cada vez más clara la idea de que la primera obra del creyente es la oración. La oración salva al mundo.

EL AÑO LITÚRGICO

La Palabra de Dios cada día 2023 va asociado a las lecturas de la misa cotidiana según el calendario litúrgico de la Iglesia latina. Así pues, los domingos y los festivos comenta –siguiendo el ciclo trienal del año litúrgico– los pasajes bíblicos del ciclo A, con el Evangelio de Mateo que se leerá durante los domingos de este año: el tiempo litúrgico acompasa nuestra vida de discípulos de Jesús. Empezamos con el tiempo de Adviento: durante cuatro semanas nos disponemos a esperar el nacimiento de Jesús, la Navidad. Pasan apenas unos días y la liturgia nos lleva a Belén para adorar, junto a los magos, al niño que ha nacido. Es la Epifanía, la manifestación de Jesús al mundo entero. La liturgia nos lleva a continuación a orillas del Jordán para contemplar el Bautismo de Jesús, después del cual empieza su vida pública. El papa Francisco ha querido que en el mes de enero se celebre la fiesta de la Palabra de Dios, una fiesta por la que la Comunidad de Sant'Egidio siente un afecto especial. Aquel día todos recibimos nuevamente la Biblia en nuestras manos: es la luz de nuestros pasos. El Miércoles de ceniza abre la Cuaresma: cuarenta días de camino espiritual. «Es el tiempo del retorno», se canta en Sant'Egidio. Con un corazón humilde y arrepentido, volvemos al Señor para llegar preparados a la celebración de la santa semana de la Pasión, que culmina en la Pascua de resurrección, corazón del año litúrgico. El tiempo de Pascua –los cuarenta días de vida de los discípulos con el Resucitado, hasta la Ascensión– termina con Pentecostés, con el descenso del Espíritu sobre la Iglesia.

El tiempo de después de Pentecostés es el tiempo de la Iglesia: una vez superado el miedo, y llena de Espíritu, la Iglesia sale del cenáculo y empieza a predicar el Evangelio desde las calles de Jerusalén hasta los confines de la tierra. Cada generación cristiana –también la nuestra, como dice constantemente el papa Francisco– está llamada a salir de su cenáculo para recorrer los caminos del mundo comunicando a todos el Evangelio del reino. En este

largo tiempo –desde Pentecostés hasta la fiesta de Cristo rey del universo– no hay fiestas especiales del Señor. Los discípulos de Jesús –con la única fuerza del Espíritu– son enviados a todos los pueblos de la tierra para convertirlos en hermanos y para que vivan en paz en la «casa común», anticipando así la llegada del último día, cuando Jesús volverá como rey y nos hará entrar en la plenitud de su reino de amor. El papa Francisco –en paralelo con la fiesta de la Palabra de Dios, que se celebra después del Bautismo de Jesús– ha querido colocar la fiesta de los pobres en el domingo anterior al final del año litúrgico. El Papa quiere recordar que todas las personas y todos los pueblos seremos juzgados al final de los tiempos (el domingo de Cristo rey) por nuestro amor a los pobres, como muestra el Evangelio de Mateo. Es una fiesta que la Comunidad de Sant’Egidio vive intensamente porque refleja un aspecto fundamental de su «carisma» que aquel día se pone claramente de manifiesto.

La Pascua es el corazón del año litúrgico. Al principio era la única fiesta de los cristianos. En ella se celebra la victoria definitiva de Jesús sobre el pecado y sobre la muerte. Tanto la tradición de Oriente como la de Occidente cantan la belleza de la Pascua, de la que emana no solo el año litúrgico, sino toda la vida de la Iglesia y de cada discípulo. Vivir la Pascua es la razón de la vida de la Iglesia y de todo creyente. De la Pascua derivan todas las fiestas, también las de María, los apóstoles y los santos. A través de ellas la Iglesia nos muestra los milagros de cambio que se producen en aquellos que dejan que el Espíritu del Señor los transforme, y al mismo tiempo nos hacen descubrir una gran familia de hermanas y hermanos que ya han alcanzado la estatura de Cristo y que ahora están con él en la gloria. Este libro de *La Palabra de Dios cada día 2023* incluye, además, otros motivos de recuerdo asociados a la vida de la Comunidad de Sant’Egidio, al mundo cristiano, a otras religiones y a la historia universal.

El tiempo litúrgico no está disociado del tiempo de los hombres. Al contrario, es «fermento de amor» de este: lo que la Iglesia es para el mundo, el tiempo litúrgico lo es para la historia. Celebrando el misterio de Jesús a lo largo del año ayudamos, misteriosa pero realmente, al mundo entero y a todos los pueblos a abrirse al amor de Dios y a santificar la historia.

EL RITMO SEMANAL DE LA ORACIÓN DE SANT'EGIDIO

El tiempo semanal, que el *domingo* (Pascua de la semana) llega a su culmen, acompasa todo el año litúrgico desde el primer domingo de Adviento hasta el último domingo, la fiesta de Cristo Rey. La Comunidad de Sant'Egidio siempre ha vivido el Evangelio de manera íntimamente ligada a los ritmos de la vida de la ciudad: ritmos ligados a la vida semanal que marca los días laborables hasta la fiesta del Domingo. Es la medida del tiempo que nos ayuda a no dejarnos arrastrar por sus ritmos frenéticos, como los del trabajo, para llegar al día del reposo. ¿Cómo podemos liberar el tiempo del reloj de la esclavitud de los ritmos de la producción y del mirarse solo a uno mismo? *La Palabra de Dios cada día* es una ayuda para reorientar los días laborales a la luz precisamente de la Palabra de Dios. Escuchar cada día la Palabra orienta la vida de los creyentes hacia el domingo (el de la semana y el «domingo sin ocaso» del final de los tiempos), el día de la fiesta con el Señor resucitado que ha vencido a la muerte. El domingo se convierte así en el «culmen» de la semana vivida y en la «fuente» de la que viene.

Retomando el camino de los días normales, el *lunes* vemos el rostro del Señor en el de los pobres, los débiles y los enfermos. La oración vespertina se hace por los pobres, por aquellos a los que encontramos a lo largo del día y por los que están lejos, que a veces son países enteros que sufren. Todos son presentados al Señor para que los consuele y los libre del mal.

El *martes* la oración está acompañada por María, madre del Señor. Todos podemos aprender de ella, la primera de los creyentes, a «conservar en el corazón» (Lc 2, 51) lo que hemos escuchado y a dar gracias al Señor, que se fija en los humildes.

El *miércoles* las Comunidades de Sant'Egidio esparcidas por el mundo rezan las unas por las otras y por toda la Iglesia. Todas se reúnen en la grandeza, en la profundidad y en la alegría de la comunión que el Señor da a sus hijos e hijas. La oración letánica con los santos del cielo, a los que se invoca con su nombre, une a las comunidades en su andadura por los caminos del mundo.

El *jueves* se recuerdan todas las Iglesias cristianas, las de Oriente y las de Occidente, para que crezca la comunión entre

los creyentes en Cristo y la transmisión del Evangelio se extienda hasta los confines de la Tierra. El Señor, único pastor de su Iglesia, entrega a todos su amor apasionado.

El *viernes* recordamos la cruz del Señor. De ella brota la salvación. El cruce entre las bienaventuranzas evangélicas y la narración de la pasión impulsa a contemplar la riqueza de la cruz, que es anuncio de la muerte del egoísmo y, al mismo tiempo, de la victoria del amor por los demás.

El *sábado* es el día de la vigilia y de la espera de la resurrección del Señor. Cantamos delante de la tumba de Lázaro muerto para que sea liberado de las vendas. Él condensa el grito de auxilio que proviene de todas las partes del mundo. Pedimos a Dios que intervenga para librarnos a todos de las vendas del pecado y salvarnos con su misericordia.

El *domingo* abraza los días pasados y los orienta hacia el domingo eterno, día sin ocaso. Junto a los ángeles, los discípulos reciben desde ahora la gracia de cantar el Trisagio, que cierra la *Oración de la luz*.

En el calendario hay fiestas o motivos de conmemoración que prevalecen sobre los tiempos ordinarios y modifican el orden de las distintas oraciones durante la semana. Cuando se conmemora a los apóstoles se sigue la *Oración de los apóstoles*. Arrraigados en el testimonio de los Doce, estamos llamados a comunicar el Evangelio hasta los confines de la tierra. La *Oración del Espíritu Santo* nos acompaña en el tiempo de Pentecostés. La *Oración con los mártires* nos recuerda el ejemplo de aquellos que en el pasado y aún hoy dan testimonio de su fe en el Señor hasta derramar su sangre. El tiempo de Navidad y el de la semana de la Pascua tienen esquemas de oración específicos.

Desde hace unos años, en las Comunidades de Sant'Egidio se da una especial importancia a la *Oración por los enfermos* y a la *Oración por la paz*, que se celebran una vez al mes. En la basílica de Santa María de Trastévere de Roma, el primer lunes del mes se celebra la *Oración por los enfermos* y el tercer lunes la *Oración por la paz*. Existe un esquema de oración para cada una de ellas. La decisión de vivir de manera especial estos dos momentos de oración nace de la fe en la misericordia de Dios, que se inclina para acoger y ayudar a aquellos que sufren a causa de la enfer-

medad o de la guerra. La proximidad a los pobres, a los débiles, al enorme sufrimiento que se abate sobre la vida de muchos no puede dejarnos indiferentes. Escuchar la Palabra de Dios ofrece una luz, como demuestran multitud de páginas evangélicas. No es irrelevante que la mayoría de milagros que llevó a cabo Jesús estuvieran relacionados con la curación de enfermos. ¡Cuántos enfermos aún hoy esperan que alguien los lleve al Señor! Y también están enfermos los pueblos sometidos por la guerra.

En la *Oración por los enfermos* se recogen los nombres de los enfermos (que se escriben en un papel) y se depositan sobre el altar. En la *Oración por la paz* se proclaman en voz alta los países en guerra, uno a uno, y para cada uno de ellos se enciende una vela ante el altar. Estas dos oraciones son el fruto de aquella caridad que no conoce fronteras y de aquella fe que cree firmemente que «para Dios nada hay imposible». San Juan Crisóstomo, con gran sabiduría, nos lo recuerda: «La necesidad lleva a rezar para uno mismo; la caridad estimula a rezar por los demás. Pero a Dios le place más la oración hecha por caridad». Vivir estas dos oraciones cada mes –y procurar difundirlas– significa obedecer el mandamiento de Jesús de rezar con un mismo espíritu y sin desfallecer.

Es hermoso pensar que la universalidad de la Comunidad y de todo aquel que se une a ella en estos dos días –y también los demás días del mes– hace realidad una oración continua que se eleva al cielo desde Oriente hasta Occidente sin interrumpirse jamás. La posibilidad de sumarse desde cualquier lugar del mundo a la oración vespertina de la Basílica de Santa María de Trastévere de Roma, retransmitida en directo en varias lenguas y a través de varios canales, es un don que refuerza y aumenta la intercesión por el mundo, para que llegue pronto el reino de Dios.

TIEMPO DE ADVIENTO

Domingo 27 de noviembre: I de Adviento

Is 2, 1-5; Sal 122 (121); Rom 13, 11-14a; Mt 24, 37-44

Con este primer Domingo de Adviento empieza el nuevo año litúrgico, que la Iglesia nos pide vivir como una peregrinación espiritual hacia el «monte de la Casa del Señor», del que habla Isaías. No es un camino sin meta. El profeta nos indica el destino: la Jerusalén del cielo. Y, en este año litúrgico, la Palabra de Dios guiará nuestros pasos, día tras día, hacia la ciudad santa. Hoy damos el primer paso, marcado por la espera del Señor: la de la Navidad, y, al mismo tiempo, la de su regreso al final de los tiempos. El tiempo de Adviento caracteriza estos días hacia la Navidad con una gracia especial: comprender mejor a Jesús como «aquel que viene», para habitar en medio de nosotros. Es él quien viene y no nosotros los que vamos hacia él.

El Adviento es un tiempo oportuno para volver a escuchar la Palabra de Dios y orientar nuestra mirada hacia Jesús que viene para que renazca la vida y la esperanza de un nuevo futuro. Para que comprendamos la urgencia de nuestra decisión, Jesús usa el lenguaje típico de los últimos tiempos. En este momento de la historia, tan marcado por la guerra y los conflictos, todo tiempo de nuestra vida es único. En efecto, para cada uno de nosotros estos son los últimos tiempos, son días que no volverán. Jesús nos dice que no perdamos la ocasión. Él llega a compararse con un ladrón que llega de improviso: «Velad, pues, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor». Con su singularidad, estas palabras nos llaman a estar vigilantes, es decir, a no estar distraídos, resignados, perezosos. Velar quiere decir rezar, quiere decir volver a escuchar el Evangelio en este tiempo de Adviento, estar atentos a los pobres y darnos cuenta de los signos de la presencia de Dios en el mundo. Comprenderemos mejor lo que está ocurriendo y sabremos distinguir los signos del paso del Señor. El Adviento es en verdad un

tiempo oportuno para «levantarnos del sueño», para levantarnos del cómodo lecho de nuestras costumbres y «revestirnos del Señor Jesús», de sus sentimientos. Así es como debemos dirigirnos hacia la Navidad de Jesús. Él es el príncipe de la paz que viene a este mundo para hacernos partícipes de su sueño para el mundo. El sueño que el profeta ya había delineado: «acudirán pueblos numerosos. Dirán: Venid, subamos al monte del Señor» (Is 2, 3).

ORACIÓN EN EL DÍA DEL SEÑOR

Lunes 28 de noviembre

Isaías 4, 2-6. El germen del Señor

Estamos ante palabras de esperanza para un pueblo derrotado y para una ciudad destruida por la guerra. El futuro se presentaba oscuro para Israel. El profeta abre a la visión de un nuevo futuro. Y lo indica con la imagen de un nuevo «germen»: será el Señor quien lo haga surgir. Se trata de un pueblo nuevo que sigue al Señor, que obedece su Ley, y que por ello habitará en paz por toda Jerusalén. Se trata de ese pequeño resto, un grupo de supervivientes, que obedeciendo al Señor es «santo» y, por tanto, bendecido. En efecto, santo es quien acoge el amor de Dios, quien vive en comunión con él, quien obedece sus mandamientos y camina a su luz. Cuando los tiempos son difíciles, cuando la violencia del mal y de la guerra destruyen hombres y cosas, Dios no está lejos, aunque parezca poco visible o incluso imposible de aferrar. El Señor ha asumido un compromiso de fidelidad y apoyo para con su «pequeño resto». No solo no lo abandona, sino que lo acompaña y protege. Y ese germen –dice el profeta– «será magnífico y glorioso», no como el mundo cree, sino como un árbol que produce frutos de bien para todos. Por eso también nosotros, creyentes del último momento, necesitamos invocar al Señor para que esté a nuestro lado, para que no venza el mal, y todos los pueblos puedan esperar un nuevo futuro de paz y fraternidad. La oración está en la raíz de la paz. Esta hace germinar la paz incluso en una tierra árida y devastada. Este es el anuncio del profeta, un hombre que no renuncia a creer en el amor de Dios que derrota el mal y salva a su pueblo.

ORACIÓN POR LOS POBRES

Martes 29 de noviembre

Isaías 11, 1-10. Reposará sobre él el espíritu del Señor

El oráculo del profeta está íntimamente vinculado a los capítulos 7 y 9, en los que se anuncia el nacimiento de un niño, descendiente de David, el Emmanuel, «Dios-con-nosotros». La situación de esclavitud había convertido al pueblo de Israel en algo semejante a un tronco seco. Se había perdido la esperanza de un futuro vigoroso que el profeta presenta como un árbol en flor con hojas y frutos. Pero he aquí la profecía que supera la tristeza del tiempo presente: «Saldrá un vástago del tronco de Jesús, y un retoño de sus raíces brotará». Del tronco árido saldrá un vástago. Todavía es un pequeño retoño. No tiene un aspecto de grandeza según las medidas humanas, pero su linfa ya es fuerte porque es el Espíritu de Dios quien lo hace vivir. «Reposará sobre él –continúa el profeta– el espíritu del Señor: espíritu de sabiduría e inteligencia, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y temor del Señor». La declinación de los seis dones del Espíritu sugiere la fuerza extraordinaria de ese «retoño», fuerza que no se encierra en sí misma: se transmite a cuantos se injertan en él. También nosotros, injertados en ese vástago, podremos recibir los dones del Espíritu y convertirnos en hombres y mujeres espirituales. El Espíritu transformará los ojos de nuestro corazón y los hará capaces de escrutar los «signos de los tiempos», de transformar el mundo según la justicia de Dios. Son elocuentes las imágenes del lobo que yace junto al cordero, del leopardo que se echa junto al cabrito, del novillo y el cachorro que pacen juntos conducidos por un niño. Es el sueño de la convivencia pacífica entre los pueblos que el Espíritu es capaz de hacer realidad.

ORACIÓN CON MARÍA, MADRE DEL SEÑOR

Miércoles 30 de noviembre

Festividad del apóstol san Andrés.

Romanos 10, 9-18. La fe viene de la escucha

Hoy se recuerda al apóstol Andrés, que la Iglesia de Oriente recuerda como el «primero de los llamados», y la Carta a los romanos dice justamente que «la fe viene de la predicación». La grandeza de Andrés y de todo discípulo está en acoger con la escucha la